

mana nunca agradecerá bastante. Este derecho de gentes es el que hace que, entre nosotros, la victoria deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes, los bienes, y siempre la religion » (1). El autor del *Espíritu de las Leyes* se hace ilusiones sobre la accion ejercida por el cristianismo, al atribuir exclusivamente á la religion sentimientos que son producto de la civilizacion moderna; ahora bien, en esta civilizacion hay elementos extraños, y alguna vez hostiles á la religion cristiana. No es esto decir que la caridad evangélica haya permanecido inactiva en medio de los horrores de la guerra. Cuando sus intereses ó sus pasiones no se han cruzado por medio, la Iglesia ha predicado siempre la paz. Si ha habido alguna tregua en las incesantes hostilidades de la Edad Media, se debe á la Iglesia. Para hacer sagrada la paz se la atribuyó á Dios. Bajo la influencia de las predicaciones cristianas los sentimientos pacíficos penetraron en las costumbres; á pesar del prestigio que la gloria militar tenía para las razas conquistadoras, la paz fué considerada como un deber para las sociedades cristianas. ¿Qué importa que el pontificado no haya llegado á establecerla? El ideal de la paz ha entrado en la conciencia general. Este es el principio de un movimiento cuya accion se extiende con un poder siempre creciente.

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XXIV, 3.

LIBRO QUINTO.

LAS RELACIONES INTERNACIONALES.

CAPÍTULO I.

COMERCIO.— COMUNICACIONES.

La religion es esencialmente un vínculo de unidad. En la antigüedad los cultos eran nacionales, particulares, individuales: la division que separaba á los hombres reinaba igualmente entre los dioses. Este principio de aislamiento y de hostilidad impidió el desarrollo de los gérmenes de union que contiene toda concepcion religiosa. En las teocracias, la religion llamada á consagrar las castas levanta entre los hombres una barrera casi insuperable, puesto que es obra de Dios; los extranjeros, considerados como impuros, parecen no pertenecer á la raza humana; no hay vínculo religioso sino entre los miembros de la misma casta. En los pueblos del Occidente las castas desaparecen; el culto, aunque permanece local, tiene algunos elementos de unidad, se extiende á las ciudades, á las naciones. Pero el politeísmo, procediendo de la idea de la pluralidad, no podia fundar la unidad. El cristianismo descansa sobre la unidad de Dios y de la creacion. Este dogma, desarrollado hasta sus últimas consecuencias, no admite division alguna entre los hombres; son todos hermanos, no forman sino una sola fa-

milia (1); si todos no pueden unirse bajo las mismas leyes políticas, todos se someten á las mismas leyes religiosas; Dios es uno y la humanidad es una.

Pero sucede con la unidad como con los demás dogmas del cristianismo; se mezcla á todos una parte de error que detiene ó retarda su desarrollo. La Providencia ha querido unir á los hombres, no solamente por creencias comunes, sino también por intereses comunes. Bajo este punto de vista el comercio es un elemento tan esencial á las sociedades humanas como la religión. Sin embargo, el cristianismo es hostil á las relaciones que tienen su fuente en el interés. El comercio y la industria tienen por objeto producir y aumentar la riqueza. Ahora bien, el espiritualismo cristiano reprueba la riqueza; la considera como la fuente de todos los males. Si el ideal evangélico hubiera podido realizarse, no hubiera habido ya convenciones interesadas entre los hombres; cada uno hubiera dado á su hermano parte de las cosas necesarias á la vida. En este orden de ideas, las compras y las ventas que constituyen el comercio son casi un acto contrario al espíritu del Evangelio.

Los filósofos antiguos se habían mostrado ya poco favorables al comercio; su dignidad de hombre libre se rebelaba contra las mentiras y las transacciones de conciencia que les parecían inseparables de la profesión de comerciante y de industrial (2). Esta repugnancia tomó mucha más fuerza bajo la influencia de la moral austera del cristianismo. Los primeros Padres de la Iglesia no pensaban que la doctrina cristiana estaba llamada á levantar y á ennoblecer las profesiones más viles, penetrándolas del espíritu evangélico; veían en el comercio una fuente inagotable de pecados: «¿No es la codicia el alma del comercio, exclama Tertuliano, y no es al mismo tiempo la raíz de todos los males? El apóstol la compara á la idolatría. La mentira es siempre la compañera de la sed de oro. ¿Qué diré yo del perjurio, cuando el juramento mismo está prohibido por Jesucristo? Si la codicia es incompatible con

(1) AUGUSTIN., *De morib. Eccles. Cath.* 63: «*Tu (Ecclesia) civis civibus, gentes gentibus, et prorsus homines primorum parentum recordatione, non societate tantum, sed quadam etiam fraternitate conjungis.*»

(2) CICERON., *De offic.*, II, 42: «*Nec enim quidquam ingenuum potest habere officina.*»

los sentimientos cristianos, el comercio lo es igualmente; quita al comerciante la ambición de las riquezas y no pensará ya en el tráfico» (1).

Los antiguos no tenían el genio de las empresas industriales; temían, al someter la naturaleza al hombre, hacer violencia á las divinidades de que poblaban el mundo. Se encuentran los mismos escrúpulos en los Padres de la Iglesia, aunque estén inspirados por otros sentimientos. «Las cosas, en su estado natural, son obra de Dios, dice Tertuliano; el trabajo que las modifica y las altera es obra del demonio. Dios hubiera podido crear por sí mismo los objetos de lujo, la lana de púrpura y los tejidos de seda. Si no lo ha hecho, es por que no ha querido hacerlo; lo que Dios no ha querido no debe hacerlo el hombre. Si lo hace es por inspiración del demonio, porque las cosas que no vienen de Dios deben venir de los ángeles malos» (2).

En los primeros siglos de la era cristiana la industria y el comercio se relacionaban íntimamente al culto de los dioses del paganismo. Esta era una nueva razón para hacer sospechosas todas las transformaciones de la materia y condenarlas. Abastecer á los paganos de los objetos de su culto era, por decirlo así, practicar la idolatría. Estos temores desaparecieron con la caída de los falsos dioses; pero otra idolatría llamó la atención de la Iglesia. ¿No es hacerse cómplice del lujo, de la vanidad, de la molición y del desenfreno, el procurar á estos vicios las materias de que se alimentan? «Se pueden, dice un escritor católico, imputar en cierto modo á los mercaderes todos los crímenes que se cometen por el mal uso de las cosas superfluas que venden» (3).

¿Qué vendrá á ser de la sociedad si de ella se destierran la industria y el comercio? Esta objeción, sería para nosotros, parecía frívola á los primeros discípulos de Jesucristo. Remiten á los mercaderes y á los artesanos al ideal de la vida cristiana: «¿No tendremos de qué vivir, seremos pobres! ¿No ha dicho Dios ¡bienaventurados los pobres! no os preocupeis de las necesidades de

(1) TERTULL., *De idolatr.*, c. 11.—C. LACTANT., *Divin. Inst.*, v, 18.

(2) TERTULLIAN., *De cultu feminarum*, II, 5; I, 7.

(3) THOMASSIN., *Tratado del Negocio y de la Usura*, p. 5, 6.

vuestro cuerpo? ¿No alimenta el Creador á las aves del cielo? ¿No viste á los lirios de los campos?» A los que decían tenemos necesidad de bienes, de riquezas para nosotros y para nuestros hijos, *Tertuliano* responde con el Evangelio: «Vended lo que tengais y distribuidlo á los pobres. El que pone la mano en el arado y mira detras de sí, no es propio para el trabajo. Los que quieren seguir á Jesucristo deben abandonar á sus padres, hijos y mujeres. La fe no teme al hambre, el cristiano desprecia la vida; ¿cómo había de cuidarse del alimento?» (1).

Las necesidades de la vida triunfaron de este falso espiritualismo. *Tertuliano* mismo se vió obligado á justificar á los cristianos contra las imputaciones de los paganos, que les censuraban el ser inútiles á la república: «Navegamos con vosotros, dice, trabajamos y traficamos como vosotros» (2). Sin embargo, el cristianismo más bien toleraba el comercio, que lo aprobaba (3). La Iglesia se vió forzada á extender su tolerancia á medida que las relaciones comerciales fueron más extensas, pero nunca vió en este desarrollo material un bien para la sociedad (4).

El comercio se desarrolló á pesar del cristianismo, porque es uno de los medios que la Providencia emplea para unir á los hombres. Sin embargo, en la época en que los sentimientos del espiritualismo cristiano dominaban, debieron contener el vuelo del genio comercial. La doctrina cristiana contribuyó, con el espíritu guerrero de los pueblos germánicos, á poner trabas á las relaciones comerciales de la Edad Media. Era una máxima universalmente admitida, «que era difícil ejercer el comercio sin pecado.» Estaba prohibido á los penitentes el dedicarse á él (5). Pero si el cristianismo no favoreció el comercio, estableció, en cambio, entre los pueblos relaciones de una naturaleza más elevada. Tiene la

(1) TERTULLIAN., *De idolatr.*, 12.

(2) IBID., *Apolog.*

(3) La Iglesia, dice SAN EPIFANIO (*Exposit. fidei cathol.*, c. 24), no aprueba el tráfico; coloca á los mercaderes en el último rango.

(4) BERGIER dice (*Diccion. de Theologia*, en la palabra *Commercio*) que el comercio marítimo nace ordinariamente de una ambición desmedida de enriquecerse; que, considerado todo, ha hecho más daño que provecho á las naciones.

(5) LEO, *ep.* 92. — GREGOR., VII, *ep.* VII, 10. — THOMASSIN, *Discipl. Eccl.*, P. III, lib. III, c. 17, § 8.

ambición de convertir el universo. Conquistadores pacíficos, los misioneros del Evangelio penetraron en regiones que los vencedores del mundo habían ignorado. Los pueblos á los que llevaban la *buena nueva* entraban en la gran familia de Jesucristo. Si el cristianismo hubiera podido alcanzar su objeto, la tierra entera se hubiera unido por el más fuerte de los vínculos, una creencia común. Pero el Oriente se resistió. La lucha con una religión nueva dividió profundamente la Europa y el Asia. Si un piadoso entusiasmo no hubiera arrastrado á millares de fieles hácia la cuna de Cristo, se hubiera roto toda relación entre los dos mundos.

Las peregrinaciones y las misiones llenaron, bajo la dominación del cristianismo, el papel que la guerra había desempeñado en la antigüedad. A pesar del aislamiento de la Edad Media, el conocimiento de la tierra se extendió. Las activas comunicaciones de las iglesias cristianas sirvieron de vínculo internacional. Aunque la ciencia teológica absorbiese los espíritus, la geografía aprovechó las relaciones espirituales formadas por el cristianismo. Se dispararon antiguos errores. Así el mar, tenido por los antiguos como una barrera divina que separa á los hombres, fué considerado por los cristianos como una vía fácil creada por Dios para reunir á los pueblos lejanos (1). Pero mientras estas preocupaciones se desvanecían, la autoridad inherente á los libros sagrados de los judíos daba origen á otras nuevas. La opinión de *Tolomeo*, que había adivinado el verdadero sistema del universo, tuvo que ceder á los errores de la Biblia, reverenciada como la fuente de la religión y de la ciencia. «Fué necesario, so pena de ser culpable de herejía, creer que la tierra es plana. Tal es el sentimiento unánime de los Padres de la Iglesia» (2). Las consecuencias absurdas que se derivaban de una falsa teoría no impidieron á los más grandes genios el preferir la Escritura á la vana ciencia del hombre (3). Durante siglos

(1) AMBROS., *Hexamer.*, III, 5, 22 (t. I, p. 41): «Bonum mare tanquam invectionis commeatum, quo sibi distantes populi copulantur.... separatorum conjunctio, itineris compendium.»—C. CHRYSOST., *Homil.* 34, in *ep.* I ad Corinth. (t. X, página 315, D.).

(2) LETRONNE, *De las opiniones cosmográficas de los Padres de la Iglesia.*

(3) AUGUSTIN., *In Genes.* II, 9: «Major est Scripturae auctoritas, quam omnis ingenii humani capacitas.»

detuvo la teología el desarrollo del espíritu científico. «Dejábase al astrónomo observar los astros, pero á condicion de que la tierra permaneciese en el centro del mundo; de que el cielo continuára siendo una bóveda sólida, sembrada de puntos luminosos; de que la tierra fuese una superficie plana, milagrosamente suspendida en el espacio. Si algunos teólogos permitian á la tierra tomar una forma redonda, era con la condicion expresa de que no habria de haber en ella antípodas. La ciencia estaba encerrada en un círculo del cual le estaba prohibido salir» (1). Acabó por desprenderse de estas trabas, pero fué combatiendo las violencias ó la mala voluntad de los teólogos (2).

Si hacemos notar lo que hay de pequeño y de falso en las ideas cristianas, es porque ha llegado el tiempo en que el espíritu humano debe emanciparse enteramente de las trabas de lo que ha venerado durante siglos como una revelacion divina. La humanidad carece de fe. En vano procura el cristianismo tradicional volver á ganar las almas; bajo su imperio se ha perdido la fe, prueba evidente de que no satisface ya las necesidades del espíritu humano. Si quiere convertirse en elemento de la sociedad naciente, es necesario que se apresure á rechazar los errores que hay en su herencia. El porvenir procederá del cristianismo, como el cristianismo procede de la antigüedad. Depende de la Iglesia el regular el movimiento asociándose á él. La oposicion sería vana. Cuando el pasado lucha contra el porvenir, el porvenir nunca sucumbe.

(1) LETRONNE, *De las opiniones cosmográficas de los Padres de la Iglesia.*

(2) El verdadero sistema del mundo fué declarado «absurdo en filosofía y solemnemente herético en religion.» Ann en el año 1820, el autor de la *Hermeneutica sagrada*, JANSSENS, fué vivamente atacado por uno de sus cofrades en teología por haber admitido el movimiento de la tierra (LETRONNE, *ibid.*).

CAPÍTULO II.

LA UNIDAD CRISTIANA.

SECCION I.^a—FORMACION DE LA UNIDAD CRISTIANA.

§ I.—El cristianismo, religion universal.

La unidad es una necesidad de la naturaleza humana. Los pueblos antiguos la buscaron instintivamente por el camino de la guerra, y la monarquía universal de Roma realizó en ciertos límites el sueño de los conquistadores. Pero esta unidad material, producto de la fuerza, estaba fundamentalmente viciada. No hay más unidad verdadera que la que descansa sobre la union de las almas, y lo que une las almas son las ideas, los sentimientos comunes. El cristianismo tiene la ambicion de establecer esta unidad. Se cree en posesion de la verdad; ahora bien, la verdad es una, independiente así de las circunstancias exteriores como de las opiniones humanas; como emanacion de Dios, ha sido siempre, será siempre y por todas partes la misma. Que los hombres se imbuyan en esta creencia, y su union tendrá una base inquebrantable; abrazará todas las inteligencias y fundará la sociedad espiritual. La pretension del cristianismo no va más allá de la union de los espíritus; abandona el mundo político á sus divisiones. Pero es evidente que si el ideal cristiano se realizára, la sociedad política acabaría por ser una imágen de la sociedad espiritual: ¿cómo habia de que-